

Las guardianas de las mantas bordadas: secretos y jerarquías en Tinogasta

Martina Cassiau ⁽¹⁾

Resumen: Durante el 2016 visité Tinogasta, un pueblo al oeste de Catamarca. Como una búsqueda del tesoro, recorrí casa por casa para encontrar las mantas bordadas características de la zona y conocer a las artesanas. Algunas de estas mujeres conservan una manta rebalsada de flores y hojas, doblada y guardada dentro de sus casas. Las artesanas son sus guardianas. No todas las exhiben. A veces las venden. Me pregunto ¿Cómo y por qué se pone el objeto en circulación? ¿Por qué y a quiénes las ocultan?

Las reflexiones de Weiner sobre los objetos inalienables, entendidos como aquellos que quedan por fuera del “toma y daca” y que son fuente de diferencia y jerarquía, motivan a pensar sobre el lugar que ocupan las mujeres bordadoras en la red social habilitada por la circulación de este objeto a través del tiempo, de distintos universos sociales y territorialmente.

Palabras clave: Objetos inalienables - Mantas bordadas - Artesanías - Jerarquías.

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 147-148]

⁽¹⁾ Martina Cassiau es Diseñadora Textil (FADU-UBA), especializada en Gestión de Patrimonio Cultural (FADU-UBA). Actualmente es maestranda en Antropología Social (IDAES-UNSAM). Investiga sobre Patrimonio Cultural Inmaterial, y fue voluntaria en el Museo de Arte Popular José Hernández, donde se dedicó al orden, curaduría y clasificación del patrimonio textil del museo. Correo: martinacassiau@gmail.com.

Introducción

En el año 2016 llegué a Tinogasta, un pueblo al oeste de Catamarca, para juntar información sobre la Ruta del Adobe, un camino de 55 km de extensión repleto de construcciones de barro de distintas épocas. Necesitaba estos datos para elaborar unos trabajos académicos sobre patrimonio, en el contexto de un posgrado que estaba haciendo. Allí me recibieron Lola y Roberto, quienes me acompañaron durante las excursiones y visitas. Me llevaron a recorrer y fotografiar la Ruta del Adobe de punta a punta. Puse mi atención en

documentar todo, me maravillé con las construcciones de adobe, sus colores, sus formas, las capillas, los ex votos, la imageniería de las iglesias, las guirnaldas de papel, las estampitas y agradecimientos a los santos.

Lola me propuso ir a buscar a las artesanas-bordadoras. Ella había crecido en esa zona y me contó sobre la abundancia de bordados que solía haber. Su fantasía era reactivar la producción y ofrecer algunos de esos textiles en su vieja casona de adobe. En un principio puse un poco de resistencia, estaba muy cansada. Venía de un viaje anterior por la zona de Ancasti, al este de Catamarca. Ella insistió y a mí me alegra haber emprendido esa hazaña. Casi como una búsqueda del tesoro, fuimos preguntando casa por casa, desplazándonos por las callecitas más alejadas del centro, bordeando la costa de las montañas, fuimos en auto, también a pie. Realmente la propuesta era “buscar” a las bordadoras. Lola tenía alguna referencia, recordaba algo de su juventud en Tinogasta, pero no sabía si actualmente las mujeres que ella conocía seguirían tejiendo y bordando. No nos atendieron en todos lados, muchas mujeres ya no bordaban, otras no tenían nada para mostrar, otras nos contaron sobre alguna manta que habían hecho, hubo quienes recordaban a sus abuelas o a sus madres, quienes sí lo hacían. Nos referenciaban alguna vecina. Conocimos mujeres que lo solían hacer, pero hoy se dedican a otras labores. Y también conocí algunas mujeres bordadoras que guardaban un mantón de dos plazas rebalsado de flores y hojas espejadas como obras de arte, dobladas y guardadas en sus muebles, esperando sin marchitarse. Cada manta bordada fue un tesoro único en medio del paisaje seco terracota que ahora aprecio mucho más que en ese momento. Las artesanas son sus guardianas. No todas las exhiben. A veces las venden.

En el presente artículo, me propongo contarles acerca de las artesanas y los bordados que conocí el 17 de febrero de 2016 en Tinogasta. Fue mi primer acercamiento a mi campo de investigación. Aquí reviso esos registros desde la perspectiva de Weiner sobre los objetos inalienables, entendidos como aquellos que son fuente de jerarquía y diferenciación. Pretendiendo mostrar la red social que habilita la circulación y posesión de las mantas bordadas de Tinogasta, intentando comprender ¿cómo y por qué se pone dicho objeto en circulación? ¿Por qué y a quiénes se lo ocultan?

Los estudios de Weiner giran en torno a la participación política y económica o productiva de las mujeres en las islas Trobiand. Y pone su atención en los objetos que no se dan, en los objetos que no están en circulación, entendiendo que retener o privar a un objeto de circulación es una acción para jerarquizar, legitimar o posicionar algo y que poseer un determinado objeto produce valor. En este sentido, al revisar mis registros de campo hice un esfuerzo por comprender qué tipo de objetos guardan y cuáles quedan por fuera del intercambio que implica la reciprocidad de entrega de regalos, o inclusive la venta. El énfasis de mi investigación estará centrado en la forma en la que circulan los mantones bordados y los conocimientos que implican, y quién controla esa circulación, así como por qué se produce.

Por otra parte, el estudio del desplazamiento de las mantas, está acompañado del desplazamiento o traslado de los secretos implicados en la producción de mantas entre generaciones y entre artesanas. Asimismo, las artesanas se desplazan en el territorio. Van y vienen entre talleres de distintas zonas del municipio para dar clases o tomar cursos. Además, yo me desplazo entre dos universos: el de las artesanas y el de los compradores, porque

me hospedo en casa de Lola, una mujer de clase media que vive entre Tinogasta y Barrio Norte - Buenos Aires.

Las mantas bordadas de Tinogasta

Las mantas bordadas de Tinogasta son textiles de gran tamaño, tejidas artesanalmente en telar criollo y bordadas íntegramente a mano, en general con flores, salvo que se haga algún pedido especial.

Las artesanas decoran estas grandes mantas con una extrema prolijidad y dedicación, en donde se ponen en práctica sus saberes, su habilidad y creatividad. Ellas plasman su alma en cada puntada. La manta es el resultado de un largo proceso de trabajo realizado en la intimidad del hogar. Los dibujos de flores y hojas simétricas son su fantasía, no hay bocetos previos, sólo preexisten en la mente de las artesanas.



La primera bordadora que conocí fue Doña Cuca. Nos recibió en su casa después del mediodía. Nos hizo esperar en el comedor, donde estuvimos unos minutos a solas. Mientras tanto, Cuca buscaba en otro ambiente de la casa, dentro de algún mueble, una manta bordada que tenía guardada. Volvió a nuestro encuentro. Cuando la desplegó, la

manta floreció. Ramilletes de flores y hojas espejados en un jardín de lana de 2.5 x 2.5 mts. La simetría de flores y colores me desvela. Es exacta y muy precisa. Podría no serlo, pero siempre lo es. Todavía no sé bien a qué responde el patrón, pero lo que se sale de esta rigurosa simetría es considerado incorrecto.

Nos contó que la manta había sido realizada íntegramente por ella. Se dedica a bordar desde los 14 años, su mamá le enseñó, porque su mamá y su abuela eran artesanas. Ella no le enseñó a nadie porque “a la gente joven ya no le gusta”. Muchas me dijeron eso, pero hay muchos talleres sostenidos o impulsados por la Municipalidad. Por mi experiencia con estas mujeres, yo creo que a la gente joven nunca le gustó particularmente, pero era una forma de pasar el rato, de aprender una forma de relacionarse entre mujeres, de tejer relaciones mientras se tejían mantas, de charlar, de circular información, de compartir el tiempo de las tardes, de dividirse en grupos, de encontrar afinidades y enfrentarse en rivalidades, de sublimar su imaginación, de canalizar obsesiones en la prolijidad de cada puntada, de aprender lo que está bien y lo que está mal, de encarnar roles: porque las más grandes enseñan y las más chicas aprenden. Y las que enseñan tienen el poder de mandar a deshacer todo un trabajo y volver a hacerlo si consideran que no está lo suficientemente prolijo o que la combinación de colores no es la adecuada.



Cuca me contó, que en el 2014, había estado enseñando a un grupo de chicas que mandaban desde la Municipalidad, pero que no habían terminado las clases. Asistieron durante un año y medio. Aprendieron toda la primera parte del proceso: limpiar el vellón de manera manual, hilarlo con un huso, teñirlo, lavarlo, secarlo, preparar las madejas y ovillos,

urdir el telar criollo y tejer los paños. No llegaron a aprender a bordar. Según Doña Cuca, el taller terminó porque su casa está alejada y porque la tarea conlleva mucho trabajo. Todo el proceso que mencioné dura unos cuatro meses. Pero esta tarea no es de dedicación exclusiva. Dentro de su casa, Cuca se desplaza entre la máquina de coser y el bastidor extendido, que va avanzando de noche o cuando tiene algún ratito. Le pregunté en dónde vendía y qué precio tenía la manta que nos mostraba. Ella respondió:

Si usted la busca en la feria la consigue de tres quinientos para arriba. ¿Ustedes fueron a la feria de Tinogasta? En Tinogasta había una manta. No sé si fueron ustedes por ahí a la feria. Hay una manta, me parece que a dos mil quinientos. Pero no sé cómo será el bordado... era en tono rosadito, así, tirando al fucsia. Esa vale dos mil quinientos. Pero yo la vi doblada. No sé cómo es el bordado por dentro. Pero se la veía bonita (Doña Cuca, 2016).

Cuca sabe sobre las mantas que están en circulación para la venta, su existencia y ubicación en la feria del centro. Ella la vio doblada. No pidió verla.

También sabía de una manta que guardaba Doña Paula, una vecina que también se dedica al bordado. Según Cuca, sólo ellas dos se encontraban realizando trabajos de ese tipo en ese momento. La manta que guardaba Doña Paula era color lacre, un rojo fuerte. Pero no sabía si la seguía teniendo.

También recordó una manta de fondo negro que tejió para Doña Paula, quien la bordó de muchos colores. Entre vecinas a veces se intercambian trabajo: Cuca teje en telar criollo las bases para que luego Doña Paula haga el bordado que le encargaron. Luego si le llega un pedido a Cuca, seguramente Doña Paula la ayude a bordarlo. Como la vez que le llegó el pedido de un pajarito, pero que al final no se hizo. Estas producciones colaborativas no se pagan con dinero entre ellas. Pareciera una forma de vincularse desde una lógica de interdependencia, que genera cohesión social, que entreteje a las mujeres bordadoras. Doña Paula mandó esa manta de fondo negro a Comodoro Rivadavia. Después de algunas conversaciones, entendí que hubo un momento de migración hacia el sur, para trabajar en el petróleo. Allí viven muchos familiares y varias mantas producidas por estas mujeres se desplazan hacia el sur, para abrigar a la familia que se encuentra allí. Las artesanas los abrazan con sus tejidos. Ellas son esos tejidos. La manta es el soporte material dinámico de la individualidad de cada una de ellas. Con ese desplazamiento también se trasladan sus emociones y sus gestos en cada puntada y tensión del hilo, su fuerza y destreza física, su imaginación y sus particularidades.

Cuca distinguió entre las mantas con mayor o menor trabajo. Consideraba que Doña Paula no “le había puesto tanto trabajo” a la manta que había enviado al sur. Poner trabajo implica todo el tiempo invertido en la perfección simétrica, espejada, equilibrada de cada una de las mantas, de cada dibujo y cada puntada. Poner trabajo a una manta no es únicamente ponerle una determinada cantidad de dibujos, implica destreza, prolijidad y expertice.

Le agradecemos por el rato y nos despedimos.

Fuimos a buscar a Doña Paula. En auto fueron unos diez minutos. Nos hizo pasar a su casa. Nos contó que ella hacía bordados, pero que ahora se había dedicado a hacer hilo

de manera artesanal, para que alguna vecina se lo tejiera en telar. Desafortunadamente no estaba consiguiendo quién pudiera tejérselos, ella no tiene el tiempo para abarcar todo el proceso porque vive con algunos de sus hijos y está al cuidado de algunos de sus nietos. Nos contó que toda la vida se había dedicado a hacer los cubrecamas de dos plazas bordados, pero que ahora no conseguía llegar a tener la tela suficiente. Sólo tenía unas telitas bordadas a medio hacer.



Durante la conversación Doña Paula nos contó sobre una manta muy linda que había hecho para ella y que privó de su circulación, hasta un momento muy crítico en el que necesitó venderla para conseguir dinero por un tema de salud:

Yo hice un cubrecama todo de felpa, no sé si conoce la felpa. Hice un cubrecama que tenía una garza pomposa y bonita. ¿Usted vio la garza? Yo la hice en un cubrecama con todas flores de felpa, hoja, palo y flor de felpa. Ese me llevó cerca de cuatro meses hacerlo. Lo hice para mí. Es como le digo...es algo que es mío. Y yo digo “me cueste lo que me cueste lo hago” (Doña Paula).

Le pregunté si podía verla, pero me contó con decepción que había tenido que venderla de urgencia:

Y yo tengo una nieta que había que operarla del riñón. Por eso fui a la plaza, exhibí la manta y la vendí, porque necesitaba la plata con urgencia. Y bueno

ahí, lo terminé vendiendo ni bien pude. Como le digo, lo ven y lo quieren. Ahí lo vendí.

Doña Paula hizo un gran esfuerzo para hacer esta manta de garzas y por mantenerla fuera de circulación. También hizo un esfuerzo al desprenderse de ella a través de una venta. De alguna manera las mantas bordadas acompañan el ciclo vital de las mujeres, se desplazan para pagar medicamentos o para abrazar un familiar en el sur. Esto también me quedó claro cuando volví en el año 2019 a visitar a Cuca, me dijo que no tenía nada para mostrarme. Le pedí permiso para pasar al baño y tan solo dando la vuelta, atrás de una pared, estaba el bastidor extendido con una manta en pleno bordado. Le pregunté a Cuca por ese bordado y me dijo que en realidad ese era un bordado que estaba haciendo para los quince años de su sobrina. Quizá los textiles bordados cumplan un rol específico dentro de los ritos de paso.



Durante la conversación con Doña Paula, también hizo una clara distinción entre las mantas de flores que hacen sus hermanas para la venta y la manta que ella había hecho con su propia imaginación, con mucho trabajo y dedicación, la hizo “cueste lo que cueste”, porque era para ella. Estas mantas, las íntimas, las propias, son el fundamento de las mantas que ponen a circular y a vender, a las que les ponen menos trabajo. Porque ella sabe que “las ven y las quieren” y de alguna manera producen algo parecido, pero muy distinto en significado, a estas mantas bordadas de uso personal. Las mantas que circulan están vinculadas al sustento económico de las mujeres. Las mantas que se guardan están ligadas

a ellas y la familia. Sólo un motivo muy personal y emocional, como la operación de una nieta, las pone a circular y las convierte en mercancías.

Ese día también conocí a otra artesana, llamada Doña Blanca, hija de Doña Eustaquia López, figura reconocida en el mundo de las artesanías, especialmente de los bordados. Doña Blanca conserva un taller lleno de mantas bordadas hechas por su madre y algunas asistentes. Cuando volví en 2019 vi exactamente las mismas mantas, fácilmente reconocibles por la impronta de su madre y por mis registros fotográficos. Las mantas son caras, pero pareciera no hacer un esfuerzo por venderlas o quizá hace un esfuerzo por retenerlas. La posición social de Doña Blanca es distinta respecto del resto, su participación política es activa en el municipio de Tinogasta y llegó a ocupar el cargo de Directora de Cultura. Seguramente la posesión de mantas bordadas y ser descendiente de la mujer más reconocida en materia de bordados la ubican en un lugar de mayor jerarquía.

Reflexiones finales

Weiner relata que para algunos grupos que no tienen cosas duraderas ni posesiones materiales, la transformación de los alimentos se constituye como una gran pérdida. En estos casos, se intenta transformar los alimentos en palabras o cosas más permanentes. En este sentido, considero que hay un interés particular en fijar, no olvidar y constituir como un corpus de saberes a todos los conocimientos implicados en la producción de mantones bordados.

Este corpus de saberes podría ser entendido como “saberes inalienables”, ya que en esta comunidad de escasos recursos en donde no consigo encontrarme con la posesión de objetos duraderos extensos, los saberes sobre producción de mantas que están cayendo en desuso y que cada vez menos personas conocen, se transforman en cosas más permanentes y valiosas que connotan jerarquía, poder y status.

Además, los conocimientos sobre bordados en Tinogasta tienen sentido sólo allí. Así como las mantas bordadas tienen un significado dentro de su comunidad y a través de un proceso de mercantilización o sacralización se convierten en obras de arte u objetos de culto o coleccionables de folcloristas y clases medias, los conocimientos sobre los procesos productivos de textiles bordados sufren una transformación en el desplazamiento entre mundos.

Poseer saberes u objetos inalienables, otorgan a las mujeres la posibilidad de gestionar y hacer política. A través de un sistema de becas para enseñar y aprender a bordar, estas mujeres están en contacto con “los chicos de producción”, funcionarios del Municipio de Tinogasta. Esta posición de prestigio y jerarquía es deseable para las mujeres que conocí. Los textiles bordados y los conocimientos implicados en su producción se vuelven un puente entre el municipio y las artesanas, así como entre las mismas artesanas que se hacen favores y colaboran en las producciones. Los conocimientos sobre la producción de estos textiles, realizarlos y estar en contacto con las dependencias del Estado, ponen en un lugar de jerarquía a algunas de las mujeres que se ganan el respeto de sus vecinas, quienes se interesan en vincularse con las beneficiarias de las becas.

La cadena de producción de las tejedoras incluye la participación de un grupo de personas que trabajan en el Estado, quienes ponen en circulación dinero en forma de becas, recursos como materias primas, favores y contactos. El contacto con estos funcionarios públicos es de prestigio y ubica a algunas mujeres y artesanas en posiciones de privilegio y admiración.

Esta situación puede generar rivalidades: quién sabe más que quién, quién se merece la beca y quién no, quién no quiere transmitir conocimientos para no perder un lugar de autoridad y privilegio. Las mujeres compiten para obtener la beca y luego compiten para ser parte de grupos, participar de producciones artesanales, participar en stands de ferias nacionales.

Tal como lo analiza Annette Weiner, “poseer el secreto promueve la autoridad”. El secreto o truco de un proceso artesanal o una receta, otorga a su poseedora un lugar de jerarquía y poder. Tendrá capacidad de agenciar según sus propios intereses y los de su grupo, y decidirá qué va a develar de estos secretos y a quién lo hará.

En este sentido, me pregunto ¿cuál es el secreto de las bordadoras? ¿Cuál es la información que mantienen fuera de circulación? Podría pensar que las artesanas guardan el secreto de la técnica de producción artesanal, los conocimientos técnicos para producir los mantones bordados. Además es difícil de conseguir información precisa sobre quién produce mantones bordados, quién posee algún mantón bordado guardado, qué precio tienen.

El secreto se establece en dos sentidos. Por un lado el secreto que preservan las artesanas dentro de su universo, protegiéndolo de los visitantes externos. El mundo de los compradores, los gestores culturales, los productores audiovisuales, los amantes del arte popular y el folcklore, los turistas. Por otro lado, el secreto de cómo producir dentro de un mismo universo social tinogasteño. Las artesanas se reservan el derecho de enseñarle a bordar, a otras mujeres. La administración de este secreto, le otorga a las artesanas “guardianas del bordado”, la capacidad de posicionarse y jerarquizarse tanto hacia dentro de su comunidad, como hacia afuera.

Bibliografía

Weiner, A. (1992). *Inalienable Possessions. The paradox of Keeping-While-Giving*. California: Universidad de California.

Abstract: During 2016 I visited Tinogasta, a town west of Catamarca. Like a treasure hunt, I went house to house to find the embroidered blankets characteristic of the area and to meet the artisans. Some of these women keep a blanket revalued with flowers and leaves, folded and kept inside their houses. The artisans are its guardians. Not all show them. Sometimes they sell them. I wonder how and why is the object put into circulation? Why and from whom are they hiding them?

Weiner's reflections on inalienable objects, understood as those that are outside the "give and take" and are a source of difference and hierarchy, motivate us to think about the place occupied by women embroiderers in the social network enabled by circulation of this object through time, of different social and territorial universes.

Keywords: Inalienable possessions - Embroidered blankets - Handicrafts - Hierarchies.

Resumo: Em 2016 visitei Tinogasta, uma cidade a oeste de Catamarca. Como uma caça ao tesouro, fui de casa em casa para encontrar as mantas bordadas características da região e para encontrar os artesãos. Algumas dessas mulheres mantêm um cobertor revalorizado com flores e folhas, dobrado e guardado dentro de suas casas. Os artesãos são seus guardiões. Nem todos os exibem. Às vezes, eles os vendem. Eu me pergunto como e por que o objeto é colocado em circulação? Por que e de quem os estão escondendo?

As reflexões de Weiner sobre os objetos inalienáveis, entendidos como aqueles que estão fora do "dar e receber" e são fonte de diferença e hierarquia, nos motivam a pensar sobre o lugar ocupado pelas bordadeiras na rede social possibilitada pela circulação desse objeto no tempo, de diferentes universos sociais e territoriais.

Palavras chave: objetos inalienáveis - cobertores bordados - artesanato - hierarquias.

[Resúmenes en inglés y portugués en la página]
